

# baketik

Revista de ideas éticas del Centro por la paz de Arantzazu

# 11

Noviembre de 2010

2€

Charla ofrecida por Anjel Lertxundi  
18 de septiembre de 2010

## Vida, tiempo de dudas





Institución colaboradora:



**Onatiko Udala**

Baketik 11

Edita: Baketik (Gandiaga Topagunea - Arantzazu - 20567 Oñati)

Impresión: Antza (Industrialdea 2. pab. - 20160 Lasarte)

Depósito Legal: SS-789-2007

noviembre de 2010

Esta publicación ha recibido subvención de:



DEPARTAMENTO DE JUSTICIA  
Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA  
JUSTITIA ETA HERRI  
ADMINISTRAZIO SAILA

Este monográfico recoge la conferencia titulada «Vida, tiempo de dudas» impartida por Anjel Lertxundi en el acto de inauguración del curso 2010-11 de Baketik celebrado en Arantzazu el 18 de septiembre de 2010.



## Vida, tiempo de dudas

«Yo soy un poeta triste que quiere encontrar las fuentes limpias de los sucios ríos», dice una conocida canción. Si lo que el cantautor Xabier Lete dice es verdad, es extraño el quehacer de los escritores. No somos políticos, no somos historiadores, no somos sociólogos, no somos filósofos, no somos especialistas en nada, pero nuestro trabajo consiste en tratar de encontrar las fuentes limpias de los ríos sucios.

Y eso solo se logra dando forma a nuestras dudas.

Todos los pueblos de Europa tenían sus propias medidas hasta la Revolución Francesa. He aquí algunas de las medidas vascas: arrobos y medias canas, pies y celemines, pintas y cuartillos, libras y onzas, arados y palmos... Son muchas las medidas, pero es la lengua lo que calibra la identidad vasca, su principal medida. Pero la Asamblea

Nacional Francesa decidió unificar todas las medidas, porque consideró que la abundancia era perniciosa para el objetivo de que todos los territorios y todos los ciudadanos tuvieran las mismas medidas —y también la misma lengua. Pero como es imposible que el mundo quepa en una sola medida, y tampoco se explica con una sola palabra, Gabriel Aresti escribió, no sin ironía:

«Escribo sobre mi mundo, porque yo soy la medida del mundo».

Creo que por eso estoy aquí, para dar la medida de las dudas que tengo del mundo y de la vida; pienso que me habéis invitado para cumplir con el papel del triste poeta que trata de encontrar las fuentes limpias de los sucios ríos. Amigos de Baketik: ¿Cómo agradeceréis suficientemente esta hermosa oportunidad?

**NO ME CABE LA MENOR DUDA** de que vienen tiempos interesantes, importantes para nuestro país. Difíciles y, a la vez, ilusionantes. Tendremos que ser generosos. También perspicaces. Y, sobre todo, tendremos que mirar al futuro no solo con ojos políticos. Recurro a un hermoso texto de José Saramago, fallecido recientemente. Fue amigo, colaborador y consejero de Baketik. Antes lo fue de Elkarri. En una de sus habituales colaboraciones con el movimiento pacifista, escribió esta glosa para un grabado del pintor Tàpies.

«Es cierto que existe una terrible desigualdad entre las fuerzas materiales que proclaman la necesidad de la guerra y las fuerzas morales que defienden el derecho a la paz, pero también es cierto que, a lo largo de la Historia, solo con la voluntad de los hombres la voluntad de otros hombres ha podido ser vencida. No tenemos que confrontarnos con fuerzas trascendentales, sino, y solo eso, con otros hombres. Se trata, por tanto, de hacer más fuerte la voluntad de paz que la voluntad de guerra. Se trata de participar en la movilización general de lucha por la paz: es la vida de la Humanidad la que estamos defendiendo, ésta de hoy y la de mañana, que quizás se pierda si no la defendemos ahora mismo. La humanidad no es una abstracción retórica, es carne sufriente y espíritu en ansia, y es también una inagotable esperanza. La paz es posible si nos movilizamos para conseguirla. En las conciencias y en las calles».

**ESTAMOS GESTIONANDO MAL** el mundo, porque no es un lugar para la igualdad. Estamos gestionando mal el mundo, porque no es campo de justicia. Estamos gestionando mal el mundo, porque no somos libres. Y ya que vemos que el mundo está mal hecho, lo quisiéramos mejorar y cambiar. Pero la justicia, la igualdad y la libertad es imposible conseguir las recurriendo a la injusticia. No se puede crear un mundo nuevo sobre las injusticias del viejo, no se puede construir un mundo nuevo sobre la reiterada práctica de viejas injusticias.

Dicen que la historia es un espejo. Dicen que refleja nuestros fracasos y victorias, nuestras ilusiones y frustraciones. Por eso, dicen, mirar en la historia es una buena enseñanza para arrinconar las injusticias y marcar rutas justas. ¿Pero cómo saber cuándo algo es injusto, cuáles son nuestros criterios para juzgar que algo es recto, que algo es injusto? ¿Cómo sabremos dónde debemos estar en cada momento, cómo actuar, por dónde caminar?

La historia es un espejo, sí, pero el conocimiento de la historia no nos garantiza el futuro, porque la historia no tiene conciencia ni tiene estructura moral. Somos nosotros quienes tenemos conciencia, no la historia. Somos nosotros quienes, siendo entes morales, interpretamos la historia de un modo u otro; somos nosotros quienes forjaremos el futuro de un modo u otro.

Nuestro ser histórico conlleva también la conciencia ética y, por ello, tiene capital importancia educar y trabajar nuestro ser ético, si queremos al menos que nuestro futuro —tanto el vasco como el de la humanidad— se asiente en la justicia.

**LA NORMALIDAD** que los vascos quisiéramos conquistar carece de espejo. No tenemos dónde mirarnos. Vamos recorriendo un camino sin modelo conocido, no podemos definir en qué puede consistir esa normalidad. Sin embargo, si el pasado nos ofrece poca luz, y si hoy pedimos normalidad (señal de que vivimos en una situación anómala), la conclusión es clara: el porvenir no está en el pasado, sino en el presente. Es en nuestro presente donde debemos hurgar para buscar cómo queremos que sea nuestra normalidad futura. La normalidad no es una vuelta atrás, pero tampoco un futuro necesariamente incierto.

Definir los parámetros de la normalidad. Fijar las bases de la normalidad política, social, lingüística, cultural. No es tarea sencilla: habremos de construirla sobre pilares que no nos han sido dados a conocer desde donde nuestra memoria alcanza hasta hoy. Y lo deberemos de hacer con el beneplácito de la mayoría de los vascos. Somos los ciudadanos quienes debemos de definir cómo queremos que sea nuestra normalidad, nuestro futuro. Es la ciudadanía el pilar imprescindible para consensuar un presente que nos ayude a proyectar un futuro común y lo más solidario posible.

Como nos anima a hacer Saramago, se trata de fortalecer entre nosotros la voluntad de paz frente a la voluntad de guerra.

**VIVIMOS DESPREOCUPADOS** por la falta de valores, vivimos sin que los valores sean el norte de nuestras vidas.

Sin un sistema de normas que guíe las relaciones humanas, somos marionetas en las redes del consumo y del mercado; en las de la información y las nuevas tecnologías. En nuestro mundo actual, los criterios éticos y los valores parecen estar enfrentados al progreso. Se nos quiere hacer creer que, como el dinero, también el mercado y el progreso son autónomos, abstractos, fenómenos que caminan por su cuenta. Parecerían casi unos entes fantasmagóricos, sin responsabilidad alguna ante la sociedad y la historia.

Pero es precisamente ahí donde reside el meollo del engaño: tan evaluables y enjuiciables son los resultados como los puntos de partida y los métodos de toda actividad humana. Es la filosofía que subyace en la gestión política, social, económica o cultural lo que hemos de juzgar. Si no, si nos limitamos a esperar los resultados, siempre será tarde para tomar ninguna medida correctora.

Por todo ello, necesitamos tejer una red ética de nuestras relaciones, para saber cómo debemos juzgar los nuevos procedimientos que, a buen seguro, nos traerán los nuevos tiempos. Occidente necesita urgentemente una cultura ética y no hay ciencia que nos la garantice.

**EINSTEIN DECÍA:** «Creo que una educación intelectual que tiene como objetivos solo la practicidad y la eficacia ha traído el debilitamiento de los valores éticos». Y el científico añadió: «Sin cultura ética, la humanidad no tiene salvación».



Lo dijo antes del holocausto. Lo dijo también antes de la masacre de Hiroshima.

¿Pero cuáles son esos valores éticos, cómo coincidir en los contenidos y características de la cultura ética? Más allá de nuestro lugar de nacimiento, de nuestra idiosincrasia, más allá de nuestra identidad cultural, hay una dimensión que nos iguala a todos, hay una dimensión común más allá de nuestra procedencia, de nuestro sexo, de nuestro color. El humanismo griego, el regalo máspreciado que Europa ha hecho al mundo, encontró en esa dimensión los motivos para el respeto y la solidaridad entre iguales, y es en esa dimensión donde la humanidad, hace sesenta años, logró un extraordinario consenso al fijar con nitidez la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

La libertad cabe en una humilde mano hospitalaria, decía el poeta Claudio Rodríguez, pero ¿dónde encontramos motivos para tender la mano hospitalaria y buscar la libertad, si no es en esa dimensión que nos hace iguales a todos? Efectivamente, hay en nosotros una dimensión que, más allá de diferencias o pertenencias, nos hace a todos iguales. Es ahí donde habita, de habitar en algún lado, la verdad de nuestra condición humana. La perspectiva de nuestras posiciones sociales varía radicalmente cuando observamos el mundo y las contingencias históricas desde el prisma de lo que nos iguala y cuando lo hacemos desde lo que nos diferencia.

**LA MUERTE NOS RESULTA INCÓMODA** —como, en general, todo lo que conlleva dolor. Los difuntos, en tanatorios; los enfermos, en hospitales; los ancianos, en residencias. Queremos alejar el sufrimiento, y en ello nos esforzamos desde hace mucho. No cejamos hasta excluir el dolor de la vida cotidiana. Ante la presencia del padeci-

miento, volvemos la cabeza a otro lado y cerramos los ojos: practicamos con la muerte y su imperio, el dolor, una suerte de exorcismo de la marginación, de la ocultación.

Lo que no se nombra —aquello a lo que no se mira— no existe.

Pero desengañémonos: el dolor es un componente de nuestro ser limitado. La vida es un crisol; el amor, una conquista; la igualdad, un elemento esencial de nuestra naturaleza.

**HIJOS DE NUESTRO TIEMPO**, hijos de una casualidad llamada vida, pronto dejaremos atrás la época que nos ha tocado vivir. Le llamamos historia, nosotros también dejaremos historia tras nuestros pasos. No es posible saber si esa historia que dejemos será más tenebrosa que las precedentes o más luminosa que las que vendrán. Lo único que realmente importa es qué he hecho yo para que mi época sea más luminosa que las precedentes, qué he hecho yo para que las que vendrán no sean más tenebrosas que la mía.

En lo que a mí respecta, sé que el tribunal, inapelable, ratificará su sentencia: siempre podría hacer mucho más de lo que hago.

**EN MI JUVENTUD**, casi en la adolescencia, se me quedó grabada una frase de Albert Camus: «*En el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio*». Es una frase terriblemente exigente, puesto que es preciso conceder gran crédito a la vida para poner lo bueno del hombre por encima de lo malo.

La frase tiene todo el aspecto de la típica sentencia cristiana. Pero Camus era ateo. ¿De dónde provienen la luz y fuerza de semejante fe en el ser humano?

«Sé estricto contigo mismo y condescendiente con los demás». He ahí otra frase en extremo exigente. La aprendí en la misma época en que se me grabó la de Camus acerca de la bondad y maldad del ser humano. Podría ser de Camus, pero no lo es. Ambas han permanecido siempre juntas en mi espíritu.

La cuestión es que yo trataba de fijar poco a poco señales que me evitaran el extravío en mi camino personal. No era una tarea sencilla, y tampoco hoy lo es. Sé por experiencia que la dignidad es una conquista que jamás puede ser plenamente alcanzada. Un continuo fracaso, por tanto.

**LA SOCIEDAD MODERNA** ha hecho suya una idea que considera la libertad como un acto de radical afirmación del yo frente al mundo y frente a los otros. Ese concepto de libertad individual a ultranza alimenta el éxito personal y el dinero, y arrincona la solidaridad; desconfía de la búsqueda conjunta de un mundo mejor; no cree en la igualdad. El mundo no está bien hecho, y ya que la construcción de un mundo nuevo es, a tenor de lo ya visto, totalmente imposible, aprovechemos del orden existente lo poco bueno que nos pueda procurar.

Así, el arte de vivir busca tener más en detrimento de ser mejor; la dulce brisa del éxito y la gozosa contemplación de la riqueza exaltan lo anecdótico, lo secundario, lo fugaz y fungible, y lo sustantivo —ser, en lugar de tener— es considerado como socialmente impertinente: la felicidad nos viene dada por la posesión de objetos tangibles y por el disfrute de los placeres que dichos objetos nos puedan deparar; por el contrario, la felicidad se diluye en cuanto me cuestiono y cuestiono mis actos, en cuanto afirmo que todo lo que poseo es lo que me queda por vivir, en cuanto me pregunto por el sentido de la vida.

Ser incomoda más que tener.

Pero si arrinconamos el problema del sentido («Si nada tiene sentido, todo está permitido», se jactaba el Calígula de Camus) y si escamoteamos el debate sobre los valores, la humanidad pierde el norte y la alienación nos anula como el muérdago malogra los árboles de los que se nutre. Sin criterios ni fuerzas para discernir lo que ocurre a nuestro alrededor, todo se convierte en intercambiable: los sentimientos y afectos, hasta los individuos, pueden ser canjeados por objetos, y así el dinero se convierte en guía máxima, casi única, de nuestro actos. Ciertamente: si nada más que la acumulación de dinero tiene sentido, todo, hasta lo más íntimo, queda sujeto a su ley, a su despiadada dictadura.

Hoy es difícil, quizá más difícil que nunca, sostener que nunca logrará el individuo la libertad, si no es en compañía de otros también libres para hacerlo: carecemos de un sistema de pensamiento que dé sentido y coherencia al mundo; carecemos de un sistema estructurado que, además de explicar el mundo, nos procure más satisfacción por defender la libertad del otro que incomodidad por sobrellevar su existencia y, sobre todo, su diferencia. Pasaron los tiempos en los que, por efectos de un modelo social cerrado, cada ciudadano sabía cuál era su lugar

en el mundo y cada circunstancia estaba perfectamente localizada, cada actuación normativizada, cada sentimiento domesticado. Hoy el individuo está desorientado, se siente figurante de una pieza teatral confusa.

Es intelectualmente complejo encontrar razones para ser optimista ante el futuro o para mantener una actitud que subraye las ventajas sobre los inconvenientes que conllevan la libertad, la justicia o la solidaridad. No soy filósofo ni sé gran cosa sobre cuestiones morales, pero tengo la impresión de que conjugar felicidad y compromiso o bienestar y solidaridad obliga a dar un salto teórico en el vacío o a arriesgar una pirueta en el discurso: defender valores sin saber dónde se deben sustentar las razones que los hacen estimables no avala dichos valores ni deja en buen lugar su defensa. Y, sin embargo, supongo que a los filósofos les sucede, en último término, lo que a todos nosotros: por razones que la razón no entiende, algo en nuestro interior nos recuerda que la libertad cabe en una humilde mano hospitalaria. Aunque no sepamos muy bien por qué, siempre surgen en la sociedad voces y actitudes que, más acá de la teoría y más allá de la fe en el desencanto, luchan para que la ilusión por un mundo más justo no se extinga.

**AUNQUE LA POLÍTICA Y LA ÉTICA** sean actividades que no pertenecen a un mismo ámbito, valores como la justicia o la solidaridad deben de estar en la base del quehacer político. La justicia y la solidaridad no son solo objetivos de la actividad política. Deben de ser también punto de partida y motor de la gestión. Y si los principios en el punto de partida son nítidos, si están bien asentados, será más difícil que la acción política desbarre, que la corrupción campe por sus respetos, que la conveniencia particular prevalezca sobre el interés general. Donde los principios son claros, el camino es más difícil pero más justo. La rentabilidad cortoplacista no hipotecaría los objetivos a largo plazo, y la transparencia, esa virtud tan arrinconada por la gestión pública, sería clave para el devenir social.

Tenemos en nuestro país una cierta pluralidad de ideales que interpretan de diversa forma nuestro pasado, viven de forma diversa el presente y proyectan diversos modos de desear el futuro. Cada uno de esos ideales tienen que ver, no solo con un determinado sentimiento de pertenencia, sino también con una determinada visión del hombre y de un determinado sentido social. A todo ello hay que añadir una circunstancia que conviene tener muy presente: hemos comenzado a recibir flujos de emigración procedentes, en muchos casos, de países muy lejanos al nuestro. Lo estamos haciendo con cierto paternalismo. No nos incomodan por ahora, porque ocupan trabajos, cuando los ocupan, que nosotros desechamos. Pero muy pronto, cuando los hijos de estos se integren y avancen en la escala social y muchos de los hijos de los que estamos hoy aquí reunidos tengan que emigrar, es muy probable que surja, como ha surgido en los países que nos rodean, la xenofobia en su versión más extrema. Nuestra pluralidad presente y nuestro próximo futuro aún más heterogéneo demanda activar desde ahora mecanismos educativos que, con una pedagogía ética sobre el progreso y los avances tecnológicos, nos enseñen a ver en el



otro, cualquiera que este sea, los elementos iguales a los propios así como los extraños, jerarquizados todos según sean nucleares o pertenezcan a la periferia de la condición humana (Necesitamos empeños como el de Baketik para ir tejiendo una red ética del comportamiento civil).

A pesar de la razón que asiste a los lamentos sobre nuestra condición de periféricos ignorados por las proyecciones europeístas, deberíamos de reflexionar sobre las periferias sociales que pro domo producimos. Si nuestra humilde historia generó ayer agotes y negreros, nada hace pensar que hoy estemos inmunizados contra la barbarie.

Decimos querer la democracia. Pero es imposible garantizar la democracia sin trabajar la cultura democrática. Las estrategias políticas no pueden empañar el orden moral y tampoco posponerla: no hay pueblo que avance sin un mínimo consenso moral.

**EL POETA SALBATORE MITXELENA** confesaba que, cuando se hizo vascófilo, su modelo fue, entre otros, la solidez moral de los vascos.

No sé qué diría hoy.

Mirar hacia nuestro interior, analizar qué futuro estamos construyendo: he ahí la mejor manera de que nuestra moral se ponga ante el espejo de nuestra realidad.

En *Rompecabezas*, una estupenda novela de Karl Rotluff, la superviviente de un campo de concentración reconoce, después de años de haber abandonado la reclusión, a su ex-guardián. Ella le pide fuego y le da las gracias. El ex-guardián, que ha reconocido a la superviviente cuando las llamas del mechero han iluminado los ojos de la mujer hundidos en las órbitas, comienza a balbucear excusas. La mujer le interrumpe:

—¡Pobre, qué habría sido de usted si no me hubiera reconocido!

Si el ex-guardián no la hubiera reconocido, no habría sucedido nada. Pero la mujer considera más lamentable la inconsciencia —la falta de memoria, la omisión— que el grave dilema moral que su sola presencia planteará, a buen seguro, al ex-guardián.

**FREUD SOSTENÍA** que el proceso de restar importancia a los hechos comienza cuando se empieza a restársela a las palabras.

La lengua no es solo un instrumento o intermediario que nos ayuda a interpretar la realidad: es una parte de la realidad. La realidad, para ser comprendida y explicada, tiene su correspondencia con la lengua. Y debido a la existencia de tal correspondencia, si dejamos que la lengua se corrompa, ella nos corromperá. Si la dignificamos, nos devolverá, en pago, dignidad.

**ESCRIBE ERIKA MANN** en los primeros años del nazismo:

«Mi visión de los temas decisivos de la sociedad moderna es más emocional que intelectual: no dogmática, sino humana. No soy una partisanera, y tampoco serviría como cruzada. Mis ideas y actuaciones políticas siempre han estado más condicionadas por mis experiencias e impulsos personales que por principios abstractos. El único 'principio' al que me atengo es mi obstinada fe en ciertos ideales morales básicos: verdad, honor, honradez, libertad, tolerancia».

**FULANO CREE EN LA DEMOCRACIA**, es sincero cuando dice que la democracia es, en su imperfección, el sistema político más justo. Y quiere creer que es



afortunado: dicen todos que vive en un sistema democrático. Pero hace tiempo que está viviendo la misma sensación que muchos conciudadanos occidentales:

- si está contra la censura y a favor de la libertad de expresión.
- si condena los asesinatos, pero también la tortura y los excesos del poder.
- si dice que los derechos humanos son un paquete y que no se pueden defender hoy unos derechos y mañana otros, según convenga.
- si lucha contra el autoritarismo.
- si critica que las leyes obedezcan a intereses del momento.
- si se manifiesta contra el hecho de que la justicia se parezca a un gallinero.
- si censura que el gobierno de unos pocos se convierta en desgobierno...

...si practica todo eso, es posible que le tomen por enemigo de la democracia.

Fulano quiere seguir siendo demócrata, pero le resulta cada vez más imposible. Se siente clandestino. Un demócrata clandestino, dentro de una democracia cada vez más alienada.

**EL TALMUD DA**, a mi juicio, una versión más bella que la que da la Biblia al mito de la creación.

Dice el Talmud:

«La humanidad es una gran familia, una amplia y gran familia nacida de Adán y Eva. Dios sopló sobre un puñado de arcilla, y nació primero Adán. Después creó a Eva, con una costilla de Adán. Dios recogió aquella arcilla de muchos lugares del mundo, de manera que todos los seres humanos nos sintamos como en casa en cualquier lugar del mundo y sea este nuestra posada.»